

Ángel Cappelletti y el pensamiento anarquista en América Latina

ALEJANDRA RÍOS RAMÍREZ

Universidad de Antioquia
matilda.cano@gmail.com

No deja nunca de sorprendernos encontrar escritores y pensadores latinoamericanos aún inexplorados y en la periferia del ámbito académico. Nuestra aún tradicional academia, producto de un proyecto pedagógico e ideológico más viejo que ella misma, nos dirige la mirada hacia verdades del mundo, oriundas de latitudes ajenas a las nuestras.

Para usar los términos filosóficos que hemos heredado, nuestra sociedad latinoamericana parece aún no salir de su “minoría de edad”, por lo mismo, tampoco de la tutela de un poder paternal intelectual que todavía, protegiéndonos del error de una “infancia inconsciente e irracional”, amarra las alas de la imaginación e inteligencia latinoamericana. Tal tutela como todos sabemos, si bien fue instaurada bajo el pretexto de nuestra “barbarie y falta de civilización”, parece no terminar todavía su labor de formación o, por el contrario, parece haberse convertido en un modo fijo e inamovible a través del cual todavía hoy nos interpretan, y con el cual parece nosotros mismos, todavía hoy, nos comprendemos. Valga recordar las palabras que un jurista y catedrático español escribió sobre Colombia y su academia en 2007:

El colombiano ama la vida. Se la goza de prisa porque la muerte es parte de su paisaje (...). Se hacen hijos con la misma alegría de vivir que se hacen muertos. Su ética pública es tan estricta como laxa la privada. (...) Todos los varones colombianos sueñan con ser un día magistrado de la Corte Constitucional o Fiscal General o Procurador de la Nación. La mayoría de las damas ansiarían ganar un reinado de belleza y llegar a Miss Colombia, que aquí se dice Señorita Colombia (...) Adoran el Estado y se enorgullecen de su Constitución tan moderna, toda adornada de valores y derechos sin cuento (...) El Estado paga a sus servidores políticos y los enemigos del Estado también les pagan. En el fondo, es una sociedad bien cohesionada y un estado de naturaleza organizado con orfebrería de normas y rituales (...).

Han vuelto los pícaros conquistadores, pero ahora bien avenidos con los caciques locales. Les estamos enseñando liderazgo empresarial, teoría de la comunicación, técnicas de negociación, ciencia de las finanzas, filosofía deconstruccionista y Derecho constitucional, mucho Derecho constitucional. A tanto la hora y una prima por derecho fundamental que se crean. Los espejitos de hoy tienen nombre de filósofos alemanes o gringos, incrustaciones de esotéricas doctrinas y forma de títulos oficiales.

A los colombianos les gusta mucho que los profesores extranjeros les cuenten cosas de gran empaque y mucho vestir. Les apasiona el soniquete doctrinal. Su mérito tienen, pues después de levantarse de madrugada, trabajar diez horas y pasarse otras dos en el atasco, que

aquí se dice trancón, sacan tiempo y fuerzas para aguantar dos o tres horas más de serenata teórica en la especialización o la maestría. Qué más se les puede pedir.¹

No haremos comentarios a las palabras del profesor español, no son necesarias explicaciones ni alusiones a tan elocuente interpretación de nuestra “colombianidad”. Sin embargo, parece que incluso para nosotros mismos, los nuevos espejitos todavía nos deslumbran, y en ese sentido, nos sentimos perpetuos infantes a quienes habría que seguir guiando en el camino de la luz y el conocimiento. Uno de los aspectos que a mi parecer evidencia este fenómeno, es la costumbre de darle sólo validez y credibilidad a las producciones intelectuales de “fuera”. Es decir, lo más propio para nosotros es justamente lo más exógeno y en esa medida, entre más extranjero nuestro pensamiento, más reconocido y ensalzado. No quiero incitar con esto a una especie de nacionalismo y mucho menos a un chauvinismo intelectual; sin embargo, si llama la atención que justamente, una gran mayoría de académicos latinoamericanos, habiendo sido educados en el espíritu científico de la Europa ilustrada o la Norteamérica pragmática hayan recibido nuestro reconocimiento social, sólo por el lugar de su formación, y no en cambio por su individual disciplina o temple en la formación misma. Más aún, cuando producto de una sana actitud académica intentan desprenderse de las fuentes y usarlas para pensar lo latinoamericano, son acusados de laxitud y falta de rigorismo académico. Nadie más que nosotros mismos tan excluyentes con nuestro potencial intelectual local, regional, nacional o si se quiere sub-continental.

En algunos casos, no pocos, el ímpetu hacia tal desprendimiento, siempre relativo, ha generado y genera rechazo desde el ámbito académico; no puede desconocerse la fuente exógena de nuestro conocimiento, ella misma nos ha parido como comunidad científica y social latinoamericana. Sin embargo, puede abogarse por revertirla hacia un pensamiento colectivo que, por los evidentes progresos intelectuales que ha producido, está en capacidad de pensar filosóficamente sobre un nosotros latinoamericano. Pensar lo propio con categorías ajenas, este ha sido ya nuestro destino. No es este el lugar para dar una definición de lo latinoamericano. Sin embargo, es menester pensarnos como latinoamericanos a partir del legado que muchos de nuestros pensadores nos han dejado; se puede indagar por cómo se ha pensado la filosofía, la política, la historia o en todo caso las ciencias humanas, no sólo desde la distancia histórica y geográfica, sino desde el contexto mismo que ahora vivimos, padecemos, disfrutamos, lloramos.

Que sirva lo anterior para entrar en materia: la presentación de un pensador y un pensamiento latinoamericano, suramericano y argentino, claramente oculto y desconocido en nuestro entorno académico.

Ángel José Cappelletti nace en Rosario, Argentina, en 1927. A los 24 años, en 1951, se gradúa como profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Filosofía de la Universidad Nacional de Buenos Aires. En 1954 culmina su Doctorado en Filosofía en la misma universidad con una tesis titulada *La filosofía de Heráclito de Éfeso*. Durante casi diez años ocupa la cátedra de *Historia de la Filosofía Antigua* en la Universidad del Litoral (Rosario). Desde 1968 se traslada a Caracas y hace parte,

¹ Véase http://garciamado.blogspot.com/2007_11_01_archive.html

a partir de 1972 como profesor titular de la Universidad Simón Bolívar; también fue redactor general de la *Revista Venezolana de Filosofía*. Enseñó en varias universidades latinoamericanas, en Uruguay, Venezuela, México y Costa Rica.

Este autor, sobre todo conocido en los ámbitos libertarios por su texto sobre el anarquismo en América Latina, nos sorprende con su vasta producción bibliográfica. Si se puede hablar de una vida dedicada a la escritura, Cappelletti así lo hizo en sus aproximadamente 40 años de vida académica: produjo alrededor de 1.000 artículos y casi 82 libros. Aunque valga aclarar que en vida sólo vio publicados 45 de ellos; el resto se hizo gracias al esfuerzo de las universidades venezolanas Simón Bolívar y los Andes.

Durante sus 27 años de vida en Venezuela, el profesor Cappelletti produjo la mayor parte de sus trabajos académicos. Gran conocedor de lenguas clásicas como el griego y el latín, y de lenguas modernas como el inglés, francés y alemán, este autor no cejó nunca en su incasable búsqueda de conocimiento que, para él, no podía sino conducir a la liberación de dogmas fundamentalistas, vinieren estos de donde vinieren. Sólo para dar algunos ejemplos de su vasto e inagotable afán de conocimiento señalaremos algunos de sus libros: *Los fragmentos de Heráclito* (1962), *Utopías antiguas y modernas* (1966), *La filosofía de Heráclito de Efeso* (1970), *Inicios de la filosofía griega* (1972), *Cuatro filósofos de la Alta Edad Media* (1972, 1993), *Introducción a Séneca* (1973), *Introducción a Condillac* (1974), *Los fragmentos de Diógenes de Apolonia* (1975), *La teoría aristotélica de la visión* (1977), *Ciencia jónica y pitagórica* (1980), *Protágoras: naturaleza y cultura* (1987), *Sobre tres diálogos menores de Platón* (1987), *Lucrecio. La filosofía como liberación* (1987), *Notas de filosofía griega* (1990), *La estética Griega* (1991, 2000), *Positivismo y evolucionismo en Venezuela* (1992), *Textos y estudios de filosofía medieval* (1993), *Estado y poder político en el pensamiento moderno* (1994).

De este autor puede hablarse como humanista, ensayista, filólogo, filósofo, historiador de las ideas y como anarquista. Su vasta cultura y desmesurado espíritu investigador lo llevaron a abordar tan disímiles pero complementarias áreas del conocimiento tales como historia, economía, sociología, política y pensamiento oriental. En este sentido, su obra está compuesta de un gran conocimiento del saber universal, al tiempo que de su más propia inquietud personal: el problema de la libertad. Y aunque gran parte de su labor intelectual la dedicó a la historia de la filosofía, ubicarlo en este tópico sería una actitud reduccionista de nuestra parte. Si bien sus mayores méritos como investigador parten del estudio histórico, también es cierto que el profesor Cappelletti, sin pretender fundar un sistema filosófico, logra establecer claramente un derrotero libertario en toda su interpretación de la historia de la filosofía y de la filosofía misma.

De acuerdo a lo anterior, el esfuerzo de Cappelletti por acercar a los estudiantes y estudiosos de la filosofía, la política y el anarquismo, a textos de autores anarquistas y socialistas libertarios, muchas veces traducidos por él mismo y al tiempo interpretados para un público aún en ciernes, es un esfuerzo que aún no comprendemos y al que apenas empezamos a darle el reconocimiento que se merece. Así las cosas, entre su labor propiamente académica como profesor, asesor de tesis de grado, ponente y conferenciante; entre la escritura e investigación filosófica, este autor dedicó mucho

de su tiempo a divulgar el pensamiento anarquista en América Latina, sobre todo en Venezuela, Argentina y Uruguay. Muestra de ello, son los múltiples artículos que escribió y que la mayoría de las veces cedía, sin reclamar ganancias por derechos de autor, a grupos de estudio, a centros libertarios o a diferentes colectividades ácratas en América Latina. A continuación sólo una pequeña muestra de ello: “El socialismo utópico” (Rosario, 1968), “El pensamiento de Kropotkin” (Madrid, 1978), “Etapas del pensamiento socialista” (Madrid, 1978), “La teoría de la propiedad en Proudhon y otros momentos del pensamiento anarquista” (Mexico, 1980), “Francisco Ferrer y la pedagogía libertaria” (Madrid, 1980), “Bakunin y el Socialismo Libertario” (1986), “El pensamiento de Malatesta” (Montevideo, 1990), “Hechos y figuras del anarquismo hispanoamericano” (Móstoles, 1991), “Utopías y antiutopías después Marx” (Montevideo, 1997), “Prehistoria del anarquismo” (Madrid, 2006), “La ideología anarquista” (2006), entre otros muchos.

Por la relativa cercanía de su muerte, y por lo marginal de su presencia en el ámbito académico, no son demasiados, se podría decir que pocos, los estudios y datos biográficos acerca de este autor. Dejemos, pues, de lado estos datos, no sin antes informar que muere en Rosario, el 24 de noviembre de 1995, luego de una larga y penosa enfermedad.

Uno de los intentos más grandes por abordar, desde la historiografía del siglo XX, el anarquismo como movimiento e ideario político en América Latina, lo ha sido el abordado por el autor de que aquí tratamos. Su valiente producto investigativo es un estudio minucioso, tanto histórico-analítico como erudito y proponente, alrededor de las diversas perspectivas que pueden surgir de un nuevo abordaje sobre este ideario. *El anarquismo en América Latina*, aunque con fecha de imprenta 1990, sólo pudo ser puesto a la venta en 1993. Cappelletti y en honor a su amigo uruguayo, compañero académico, sociólogo e historiador Carlos M. Rama (fallecido en 1982) continúa lo que éste último había iniciado con gran entusiasmo. El volumen de que hablamos es en su mayoría una obra compuesta de textos elaborados por reconocidas figuras, intelectuales y activistas anarquistas de Latinoamérica. Sin embargo, el extenso prólogo, 218 páginas, da cuenta del gran manejo que Cappelletti tenía no sólo del anarquismo como teoría política, sino del mismo, como movimiento social en el subcontinente.

No es este el lugar para hacer una suerte de reseña del libro que como tema nos convoca, sin embargo, vale la pena mencionar la estructura y objeto de esta gran contribución a la historia de un movimiento social que, aunque de grandes magnitudes en América latina, ha sido relegado al olvido en nuestra historia política.

En el prólogo, Cappelletti expone, país por país, las claves históricas, sociales y políticas que permiten comprender la presencia, el impacto y el alcance del anarquismo desde Argentina hasta México. Al tiempo, en el aparte dedicado a cada país, se puede decir, que aborda tanto la génesis social del movimiento, producida en su mayoría por la influencia de inmigrantes anarquistas europeos exiliados a estos países, como su desarrollo a través de asociaciones obreras y sindicales, de masas de campesinos pobres, de movimientos estudiantiles, de medios de propaganda popular; a través de expresiones artísticas, privilegiadamente el teatro y la literatura y de personalidades que adoptaron tal ideología, decepcionados por las también tiránicas repúblicas liberadas de las coronas europeas. El período que abarca el estudio, y los textos compilados para

el libro, es el que va desde finales del siglo XIX hasta inicios del XX. Justamente, la cronología que elaboró Cappelletti para el libro va de 1861 hasta 1940. Podemos decir que el objeto del libro no es otro que el estudio histórico del fenómeno social del anarquismo. Pero relegar este trabajo a una simple historiografía es rebajar otro motivo, a nuestros ojos más profundo: la reivindicación de una ideología que por su misma naturaleza no ha buscado instalarse como estandarte de partidos ni estructuras políticas oficiales. La visibilización de un pensamiento que por sus mismos postulados se niega a someter, vía aparatos de dominación, a los seres humanos so pretexto de prometer libertad, igualdad, justicia o fraternidad. Cappelletti, de clara orientación anarquista, con este trabajo nos deja, a nosotros latinoamericanos, la gran tarea de continuar el estudio de un pensamiento minoritario, pero no por ello despreciable.

Por supuesto, nuestra historia latinoamericana, trazada por la historia de guerras civiles y dictaduras en los siglos XIX y XX, que valga el paréntesis, pareciera quisieran repetirse, ha sido reacia a este tipo de pensamientos contestatarios y sospechosos para todo poder político, anquilosados en la tradición o en la fuerza. Sin embargo, este trabajo es la muestra de que otro pensamiento político ha calado entre nosotros los conquistados.

El anarquismo tiene, pues, en América Latina una amplia historia, rica en luchas pacíficas y violentas, en manifestaciones de heroísmo individual y colectivo, en esfuerzos organizativos, en propaganda oral, escrita y práctica, en obras literarias, en experimentos teatrales, pedagógicos, cooperativos, comunitarios, etc. Esta historia nunca ha sido escrita en su totalidad, aunque existen algunos buenos estudios parciales. Más aún, quienes escriben la historia social, política, cultural, literaria, filosófica, etc., del subcontinente suelen pasar por alto o minimizan la importancia del movimiento anarquista. Hay en ello tanto ignorancia como mala fe. Algunos historiadores desconocen los hechos o consideran al anarquismo como ideología marginal absolutamente minoritaria y desdeñable. Otros, por el contrario, saben lo que el anarquismo significa en la historia de las ideas socialistas y comprenden bien su actitud frente al marxismo, pero precisamente por eso se esfuerzan en olvidarlo o desvalorizarlo como fruto de inmadurez revolucionaria, utopismo abstracto, rebeldía artesanal y pequeño burguesa, etc.²

Y justamente, en ese esfuerzo por menospreciar el pensamiento anarquista, podría argüirse acá el inconveniente de hablar de este ideario en Latinoamérica, aludiendo al hecho de que este pensamiento político es producto del siglo XIX europeo y, por tanto, que todo lo que en estas regiones se hable, se interprete y se haga de él, no deja de ser una mera copia, mediocre por lo demás, de una teoría ajena. Esta razón, muchas veces usadas en contra del movimiento libertario, puede por lo mismo, dirigirse a las ideologías que nos han conformado como estados latinoamericanos. Es decir, tanto los liberalismos como los marxismos, los republicanismos y los conservadurismos, por no decir, también las socialdemocracias, son todas ellas, productos ideológicos del otro mundo, del “más civilizado”. En ese sentido, cada estado, en la actualidad y desde las luchas por la liberación de las coronas, como las luchas por

² Véase Cappelletti, Ángel J. y Rama, Carlos M. (Comp.), *El anarquismo en América Latina*, Sucre (Venezuela), Biblioteca Ayacucho, 1990.

la liberación de las naciones, han estado permeadas por los discursos políticos provenientes de los países que los produjeron o por los países que adoptaron formas de estado y de gobierno acorde con cada ideario. El anarquismo no es la excepción, de hecho, no es el único caso de hibridización de discursos modernos europeos o norteamericanos, con realidades criollas o latinoamericanas. El anarquismo también viajó a estas latitudes de la mano de mentes revolucionarias e inyectadas por el espíritu de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Del mismo modo, viajó también al amparo de las esperanzas de aquellos que, por sus mismas ansias de libertad y de justicia, salieron expulsados de sus propias patrias con la esperanza de encontrar tierras más fértiles para este ideal.

Como todo pensamiento originado en Europa, la ideología anarquista fue para América Latina un producto importado. Sólo que las ideas no son meros productos sino más bien organismos, y como tales, deben adaptarse al nuevo medio y, al hacerlo, cambiar en mayor o menor medida.³

Así pues, argüir en los adeptos del anarquismo en América Latina una suerte de impostura e impostación es hacer lo mismo con las realidades políticas que hoy mismo nos conforman; no podemos olvidar que las dictaduras suramericanas de la segunda mitad del siglo XX, no pudieron fraguarse sin el impulso y el amparo de las ideologías fascistas y nacionalsocialistas europeas; tampoco sin la intervención y promoción de las doctrinas de seguridad nacional norteamericanas desplegadas por los EEUU en las mismas épocas, bajo la égida de la lucha contra el fantasma del comunismo.

Ahora bien, cabe más bien asumir que esta ideología como las otras, ha sido interpretada y puesta en práctica, de acuerdo al contexto social, político y cultural que lo recibió. No sólo somos mestizos en la raza.

Así las cosas, figuras tan variadas como el venezolano Pío Tamayo, como el mexicano Ricardo Flores Magón, el argentino Diego Abad de Santillán, la ítalo-uruguayo Luce Fabbrì, el también uruguayo Florencio Sánchez, el brasilero José Oiticica, el greco-mexicano Plotino Rhodokanaty, el cubano Enrique Roig San Martín, el exiliado español Abraham Guillén, entre otros, son muestra de que el ideal ácrata en América Latina tuvo presencia y fue reelaborado por personajes marcados por un fuerte ímpetu hacia el cambio social, cultural y político. De otro lado, anota Cappelletti, la ideología anarquista, siempre tan reacia a instalar sus presupuestos por medio de vanguardias, tuvo buena acogida en ciertas comunidades que, por su mismo modo de organización social, no tenían que ser convencidas de las ventajas del socialismo libertario. Un ejemplo fueron algunas comunidades mexicanas y peruanas, que influidas por el socialismo libertario propuesto por algunos personajes, sólo les bastó recordar su pasado comunista agrario, para comprender que las ancestrales prácticas de los *calpull* (México) y de los *ayllu* (Perú), eran motivos evidentes para implementar de nuevo modelos horizontales y comunitarios de organización social y productiva. Al respecto afirma Cappelletti:

Muy pocas veces se ha hecho notar que la doctrina anarquista del colectivismo autogestionario, aplicada a la cuestión agraria, coincidía de hecho con el antiguo modo de orga-

³ *Ib.*

nización y de vida de los indígenas de México y de Perú, anterior no sólo al imperialismo español sino también al imperialismo de los aztecas y de los incas.⁴

De otro lado, el anarquismo en América Latina, si se quiere una definición sintética, fue ante todo sindicalismo revolucionario o anarco-sindicalismo; la corriente individualista tendrá mejor acogida en el norte del continente, con personajes como Emerson y Thoreau. Durante las décadas de los 60's, 70's y 80's, esta ideología cala fuertemente en las organizaciones obreras y sindicales de Latinoamérica, influidas éstas a su vez por los discursos provenientes de la Internacional. Aunque las adhesiones logradas son diferentes en cada país, por ejemplo, en México a través de los hermanos Flores Magón tiene gran alcance en la fundación del Partido Liberal Mexicano (1904); en Argentina y Uruguay por su parte, la mayoría de sus adeptos eran obreros, sindicatos y colectividades en resistencia; en Chile y Perú tuvo grandes efectos en la creación de grupos revolucionarios convencidos de la necesidad de las luchas de las clases obreras contra el Estado; en Colombia⁵; Venezuela y Puerto Rico, por su parte, la ideología anarquista si bien no fue tan fuerte como influencia en los movimientos obreros, adheridos en su mayoría a las corrientes marxistas, es claro que en los círculos culturales, literatos, estudiantiles y de algunos trabajadores tuvo gran acogida. Como veníamos diciendo, si en cada país la influencia del anarquismo y su posterior desarrollo fue distinta, es cierto que, en la mayoría, hizo presencia y se proyectó desde y hacia los sectores populares y las organizaciones sindicales.

Para el caso colombiano cito *in extenso*:

En Colombia, como en casi todos los países latinoamericanos, hubo algunas manifestaciones del socialismo utópico a mediados del siglo XIX, que se vincularon “a las luchas artesanales contra los efectos disolventes del librecambismo”.

Aun cuando no hubo allí sociedades de resistencia ni sindicatos antes de 1910, sabemos que las ideas anarquistas contaban con muchos simpatizantes desde principios de nuestro siglo [XX]. Las primeras sociedades obreras fueron organizadas, sin duda, por militantes anarcosindicalistas. Ellos promovieron el 15 de mayo de 1916 la gran manifestación popular que la policía reprimió violentamente. Impulsaron y dieron vida a la huelga portuaria de Cartagena en 1920.

Max Nettlau da cuenta de varias publicaciones anarquistas colombianas en la década del veinte, como *Organización*, en Santa Marta, en 1925, y *Via Libre*, en Barranquilla, en 1926. Pero hace notar que, después de la gran huelga bananera de fines de 1928 en el departamento de Magdalena y de la masacre de Ciénaga, “ya no se habla de actividades anarquistas en Colombia como tampoco de luchas sindicalistas apolíticas sea por las represiones o debido a que los bolcheviques ocupan parte de la escena”.

En general, el grueso del texto nos expone desde artículos de Diego Abad de Santillán sobre el Estado y la libertad hasta la *Carta abierta sobre la significación el congreso obrero libertario americano* escrita por quien Rudolf Rocker llamó el “Heródoto de la anarquía”, Max Nettlau en 1929. En las contribuciones a este volumen también participan Emilio

⁴ *Ib.*

⁵ Cabe anotar que Colombia fue visitada por Eliseo Reclus en 1855 en su calidad de geógrafo e investigador científico, y por Mijail Bakunin en 1861, pero al istmo de Panamá, cuando éste era parte de Colombia, y sólo como puente hacia Estados Unidos con motivo de su fuga de la cárcel de Siberia.

López Arango, español pero radicado en Argentina con *Doctrina, tácticas y fines del movimiento obrero*, Alberto Ghirardo con *Madre Anarquía*, Jacobo Prince con *Presencia y fines del movimiento libertario*, Luis Di Filippo con *El fetichismo del poder*, Manuel González Prada con *Anarquía*, entre otros autores anarquistas, representantes del anarquismo del país al que pertenecen.

De manera general, se podría decir que el caso más paradigmático de anarquismo latinoamericano se encuentra en Argentina. La FORA (Federación Obrera Regional Argentina), organismo de confederación obrera, instaurado en 1904, como continuación de la FOA (Federación Obrera Argentina), y se instala bajo principios claramente anarquistas a través del Pacto de Solidaridad suscrito por sus miembros.

La aspiración anarquista de dicho documento, que asigna como finalidad última a la lucha sindical el establecimiento de una sociedad sin clases, sin propiedad privada y sin Estado es evidente. El mismo cambio de nombre tiene una motivación ideológica: se agrega el adjetivo “regional” para dejar bien en claro que no se considera a la Argentina como un estado o unidad política sino como una región del mundo donde hay trabajadores que luchan por su propia emancipación.

Y aunque de manera general no se pueda afirmar que el anarquismo Latinoamericano en este lapso de tiempo abordado por el libro, haya hecho aportes sustanciales en sentido teórico e ideológico a la propia doctrina, sí es notable, por las mismas condiciones geográficas, sociales y culturales, el gran aporte en cuanto a modos de organización nunca vistos en las comunas anarquistas europeas. Incluso la FORA, siendo una federación obrera que en su momento recogía tanto a socialistas como a anarquistas, para la CNT española, aparecía como extremista, pues nunca hizo alianzas ni concesiones a la burocracia estatal ni sindical.

Otro modo de comprender el anarquismo en estas latitudes, fue el llamado anarco-bolchevismo, término que en principio puede sonar chocante pero que respondía claramente a la corriente epocal de adherirse a la Revolución social como único medio de transformación económica política y social.

En Argentina, Uruguay, Brasil y México sobre todo, al producirse en Rusia la revolución bolchevique, muchos anarquistas se declararon partidarios de Lenin y anunciaron su incondicional apoyo al gobierno soviético, pero no por eso dejaron de considerarse anarquistas. Esta corriente desapareció con la muerte de Lenin (1924), pues quienes decidieron seguir a Stalin (1878-1953) ya no se atrevían sin duda a llamarse “anarquistas” (XII).

Por último, nos señala Cappelletti que la disminución en fuerza y adeptos al anarquismo en América Latina, más no su total desaparición, se debe sobre todo a tres causas específicas: 1. Los golpes de Estado, con claras similitudes al fascismo que se producen en las décadas de los 30's (en Argentina Uriburu; en Brasil Vargas; y Terra en Uruguay), con sus represiones se dirigen a eliminar los movimientos obreros y a la izquierda en general; por supuesto incluidos los anarquistas. 2. La gran difusión y fundación de Partidos Bolcheviques en América Latina, apoyados por la misma Rusia y grupos afines europeos, pone en jaque la existencia material de las colectividades anarquistas; el ahogo económico y la masiva adhesión a esos partidos fragmenta fuertemente el movimiento ácrata. 3. De la mano de los dos fenómenos anteriores, aparece una fuerte corriente de nacionalismos y populismos que abogan por una unidad na-

cional trazada de fuertes elementos xenófobos, mengua el ideal solidario internacionalista de los anarquistas, en especial aquel que pugna por una unión más allá de las fronteras nacionales, raciales y de clase.

Al respecto, resume el profesor Cappelletti:

La particular situación de dependencia en que se encuentran los países latinoamericanos frente al imperialismo europeo y, sobre todo, norteamericano, deriva la lucha de clases hacia las luchas de “liberación nacional”. Los trabajadores visualizan la explotación de que son objeto como imposición de potencias extranjeras. La burguesía (nacional y extranjera), vinculada a ciertos sectores del ejército y de la Iglesia católica, los convence de que el enemigo no es ya el Capital y el Estado sino el Capital y el Estado extranjeros. Esta convicción (hábilmente inducida) es, en realidad, la causa principal de la decadencia del anarquismo.

Y para terminar no quiero dejar de volver al inicio del texto en lo que concierne a varios aspectos. En primer lugar, encontrar escritores latinoamericanos aun desconocidos para la mayoría es siempre un encuentro gratificante y, sobre todo, estimulador. En segundo lugar, el llamamiento a mirarnos más a nosotros mismos como latinoamericanos o, en nuestro caso, como colombianos, no es desdeñar lo que como académicos ha fundado, antes bien, es reconocer que aunque nuestro origen es justamente exógeno y, por lo demás, lejano a nuestras raíces, no por ello debe dejar de pensarse en una forma híbrida, de nuevo, con la cual superemos el prejuicio de que por ejemplo, “la filosofía sólo es posible hacerla en alemán, la estética sólo en francés y la política en anglosajón”. Si bien es cierto que nos hemos educado bajo la tutela externa, también lo es que, y tomando de nuevo a Cappelletti, el anarquismo por ejemplo, produjo formas inéditas de organización social nunca antes vistas en su patria de nacimiento. Del mismo modo que sigue siendo urgente, como creo que siempre lo ha sido, reivindicar un pensamiento que incluya en su conformación a las mentes que lo piensan. Aunque podamos manejar y nutrirnos de otras lenguas, es evidente que pensamos en español. Podemos resignarnos a seguir siendo comentaristas o intérpretes de la historia y la filosofía, eso es ya una ardua tarea, no obstante, podemos también arriesgarnos a crear nuevas formas de organización social, a través de la imaginación de las mismas. Podemos, enfrentando el miedo, y parafraseando a un anarquista también poco conocido, producir discursos radicalmente utópicos que a su vez en el ejercicio de su creación, fuercen nuestros horizontes y quizás, nuestro propio mundo concreto.